

Y... el trabajo se hizo "ballet"

ALERO-DANTZA Y AGAI-DANTZA

Rentería nos sorprende en el folklore vasco con dos danzas que al decir de los técnicos no tienen réplica en el resto del país.

Me refiero al *Alero-dantza* y al *Agai-dantza*.

El *Alero-dantza* proviene, al parecer, de los tripulantes de las embarcaciones llamadas «*alas*», que eran muy comunes en las aguas renterianas, como que en ellas se transportaba las venas de las ferrerías.

El *Agai-dantza* se supone una variante del «*makil-dantza*», ya que Azcue en su Diccionario define el vocablo «*agai*» como el varal que se emplea para sacudir del árbol las manzanas.

Es curioso observar que las manifestaciones artísticas y deportivas del país tienen su origen en el trabajo y la vida cotidiana.

En Grecia se hizo deporte la guerra.

En Vasconia se hizo deporte el trabajo.

Así, por ejemplo, los leñadores de nuestros bosques terminaron por ser los *aizkolaris* de nuestras plazas; los boyeros que transportaban las piedras de nuestras canteras o cualquier carga de laboreo hasta su punto de transacción, vinieron a dar en el juego del arrastre de piedras; los segadores, en *segalaris*; y el afán de llegar primero a puerto para cotizar el pescado en la venta, dio origen a las vistosas regatas. Aun más; el monótono vibrar del hierro de nuestras ferrerías terminó convirtiéndose en ritmo —extraño cantar férreo— que es la *tobera*.

En definitiva, el trabajo se nos convierte en arte. O mejor dicho, convertimos el trabajo en arte exaltando las formas hasta la categoría de universales, formas que estaban maridadas con contenidos concretos.

Sería interesante estudiar las estructuras sociales del país y confirmar una

sospecha que pregona un equilibrio causa de la alegría de vivir, única explicación a que el trabajo se convierta en expresión artística, o si por el contrario —cosa que no la veo clara— ello supone una esclavitud ya consustancial al hombre de una determinada situación.

Pero sospechemos lo contrario, para lo cual existen abundantes apoyaturas.

Mientras el deporte —si es realizado con consciencia de creación de formas implica arte— en otras latitudes vino vacío de contenido y en no pocos casos hay que buscarle justificación, en nuestro meridiano surgió de estilización de formas de trabajo.

Se ha dicho y no sin razón, que «el hombre no nació para ganarse la vida empujando una pelotita hacia un agujero a golpes de bastón y así vivir y servir a la sociedad y a la familia...»

El hombre tiene que aportar a la sociedad la realización del espíritu, pero ello implica que la ejecución sea completa, no solo en contenido, sino en forma. Recuerdo que D'Ors escribía siempre con mayúscula aquello de «*La Obra Bien Hecha*», acabada en fondo y en forma. Y cuando el fondo se cumple por imperativo de vida, debe cuidarse la forma por necesidad de finura.

Y al igual que en todo el País Vasco las formas de trabajo se hacen arte, Rentería eleva a la categoría de lo artístico las formas de un trabajo peculiar.

Y el *Alero-dantza*, que salta después a la plaza, tiene su origen en el constante equilibrio del hombre que recorre de proa a popa la gabarra que transporta entrañas de mina, cargando su movilidad en la pértiga que clava en el limo —piel del lecho de la corriente fluvial— que en la mayor parte del tramo siente conjunciones de salitre marino.

El gabarrero ejecuta la danza de necesarios movimientos presintiendo ya el ritmo de pilones ferreros —martillo manejado a brazo o mazo movido por energía hidráulica—. Y el ritmo de herrería asciende alto por el lecho del río y ría resonando en los macizos que encajonan el valle hasta llegar —eco de melodía— a la mole granítica de la Peña de Aya. Y si necesitamos contrapunto melódico, pongámoslo en boca de quien maneja la pértiga y baja por la corriente fluvial cantando a las aguas las cuitas de un romance más o menos lejano, casi siempre con tema y cadencia de allende los Pirineos. Y será la gabarra escuela de trabajo hecho danza —academia— con fácil repercusión en la plaza del pueblo, a ritmo de txistu local, con reminiscencia de gregoriano

y con lejano regusto de pagana melodía monocorde que desciende hasta nivel de mar por un río violado —violación que da fecundidad— por estirpe romana.

Y aquí la industria —lejos de agostar cultura— se convirtió en arte.

Y mientras las gabarras descendían el río y los montes se llenaban de melodías, las laderas se saturaban de fragancia y se vestían de color, por obra y gracia de la flor del manzano cuyo agridulce radica en jugar a sinfonías de reciedumbre de entrañas, suavizadas a lento sirimiri de ambiente.

Después la flor se torna en fruto. Y un palo de haya, haya que jamás tuvo esencias de manzano, sacudirá la fruta con complejo de ser más fuerte, pero de no haber conseguido realización que conquistara paladar de hombre. Y el palo de haya, quedó rígido con la muerte. Y es el hombre, esencia hecha movimiento, quien sacudirá el árbol. Madera viva con madera muerta, solo el hombre los liga. Y el golpe necesario para adquirir, primera materia de comercio, se convirtió en ritmo, dando origen a una danza donde el movimiento tiene sentido en sí, lejos del manzanal en el que tuvo su origen.

El *Agai-dantza* es el «*makil-dantza*» pero con una vara que tiene misión concreta.

Cuando la industria se une con la agricultura —suelo y subsuelo— y ambas subliman formas por voluntad del hombre, hemos conseguido relacionar tres estructuras, conjunto de toda la creación.

Hombre que sublima materia y que hace arte su relación con ella.

JAVIER DE ARAMBURU

